

## LA FUNCIÓN METALINGÜÍSTICA DEL LENGUAJE: EN BUSCA DE UN CÓDIGO

por

Luciana McLoughlin

### I

Acababa de reinstalarme en Concordia (Entre Ríos) —donde había nacido y vivido hasta los dieciocho años— cuando se me presentó la oportunidad de dar Análisis del Discurso a alumnos de cuarto año, en un colegio con orientación en lengua y comunicación. Jamás había pensado, mientras cursaba la carrera de Letras, en dar clases en el secundario. Tal vez porque aún conservaba el recuerdo de mí misma como alumna. No obstante, quién sabe por qué, no lo pensé mucho: armé un proyecto y lo presenté. Así, abruptamente, fue que llegué a un aula, frente a treinta chicos de entre dieciséis y diecisiete años.

### II

Varias veces tuve que pedir silencio para poder hablar. Tras el vértigo inicial de la primera clase, me recompuse e inicié el indispensable “diagnóstico de grupo”.

Pregunté si conocían el esquema de la comunicación y las funciones del lenguaje. Asintieron. Les pedí que me dijeran, entonces, cuáles eran los elementos. Hablaron de *emisor*, *receptor*, *mensaje* y *referente*. Del *canal* y del *código* no se acordaban. No conocían (o tal vez sólo no recordaban) la reformulación del esquema de Jakobson hecha por Kerbrat-Orecchioni.

Dibujé el esquema en el pizarrón y empecé a explicarlo. No tardé en darme cuenta de que no estaban tomando apuntes. Les pregunté el motivo. Ellos, sin vacilar, respondieron que no sabían cómo tomar notas. Con gran esfuerzo y a un ritmo desesperante, les dicté las “definiciones”

de los diferentes elementos del esquema y de cada una de las funciones.

Para cerrar les propuse hacer una aplicación práctica de las nociones teóricas: escribir una publicidad de algún boliche de Concordia en la que estuvieran presentes las funciones referencial, apelativa y metalingüística. Con las dos primeras no tuvieron inconvenientes. Pero la función metalingüística les resultaba particularmente difícil. No entendían y, consecuentemente, no se creían capaces de poder producir el mecanismo por el cual el lenguaje se vuelve sobre sí mismo. En vez de explicarles nuevamente en qué consistía esta función del lenguaje, preferí preguntarles qué tragos les gustaban y con qué ingredientes estaban hechos. Fuimos escribiendo las definiciones en el pizarrón. *Destornillador: bebida alcohólica a base de vodka y jugo de naranja*. Y varias más. Este recurso —por el que podrían haberme acusado de incitar a tomar alcohol a menores de edad— sirvió para que aprendieran de modo significativo cómo funcionan las operaciones metalingüísticas y para que advirtieran que también ellos las empleaban en sus discursos cotidianos.

Me entregaron las publicidades: “*La noche del 2 x 1: llevás dos y pagás uno*”, “*Free pass para las mujeres: chicas sin cargo toda la noche*”.

Me sorprendió mucho el empeño que habían puesto en el diseño. Mi idea era que pensarán un texto, no que diagramaran una publicidad, pero los chicos, inmersos en la cultura de la imagen, habían agregado gráficos y dibujos. Les pedí que

les pusieran sus nombres a los trabajos y que me permitieran quedármelos. Mi pedido los desconcertó, pero inmediatamente se abocaron a mejorar los diseños y a escribir dedicatorias que, obviamente, poco se atenían a fórmulas o modelos tradicionales.

### III

Para nosotros, gente de Letras, la docencia representa una excelente oportunidad para explorar y explotar el aspecto lúdico del lenguaje y la literatura. Tal vez porque los más aptos para el juego, para la lectura desprejuiciada y para la escritura experimental sean precisamente los adolescentes. Es cierto, sí: son inquietos (a veces mucho), hablan a los gritos y todos a la vez y hay que explicarles todo muy lentamente —que los alumnos pudieran tomar notas debería ser un contenido procedimental en todas las planificaciones de secundario—; pero, también es cierto, son sumamente creativos, están libres de preconceptos y son capaces de una energía desconcertante cuando algo los entusiasma.

Hoy reconozco que durante mucho tiempo me negué a una enorme satisfacción. La actividad docente proporciona muchas gratificaciones al profesor y, a través de la interacción con los alumnos, le permite adquirir nuevos conocimientos. Disfruto enseñando en el secundario. Y por esta razón es que ahora no sólo les doy clases a los chicos de cuarto año, sino también a los de tercero. Aunque (es innecesario decirlo) oportunamente mis alumnos y yo debemos fijar la atención sobre el "código", para comprobar si estamos utilizando el mismo.

Luciana McLoughlin es licenciada y profesora en Letras, egresada de la USAL. Ejerce la docencia en La Pampa.

## Gramma

Envíe sus textos a cualquiera de las siguientes direcciones:

[alsisca@salvador.edu.ar](mailto:alsisca@salvador.edu.ar)

[jose.delaney@mail.salvador.edu.ar](mailto:jose.delaney@mail.salvador.edu.ar)